

no han sabido desenlazar sus comedias sin llamar al alcalde en su socorro: Carlos IV no sabía hallar desenlace á ningún acto suyo sin la intervencion del valido (1). Hechas sus respectivas abdicaciones por los dos monarcas contendientes, faltaba dar otro paso en la senda de la usurpacion por parte del gefe de la Francia, y

coro de V. M., á la tranquilidad de mis reinos, y á la conservacion de mi honor y reputacion. No sin grande sorpresa he visto la indignacion que han producido en el real ánimo de V. M. unas modificaciones dictadas por la prudencia, y reclamadas por el amor de que soy deudor á mis vasallos.

«Sin mas motivo que este ha creído V. M. que podia ultrajarme á la presencia de mi venerada madre y del emperador con los títulos mas humillantes; y no contento con esto exige de mí que formalice la renuncia sin limites ni condiciones, so pena de que yo y cuantos componen mi comitiva seremos tratados como reos de conspiracion. En tal estado de cosas hago la renuncia que V. M. me ordena, para que vuelva el gobierno de la España al estado en que se hallaba en 19 de marzo, en que V. M. hizo la abdicacion espontánea de su corona en mi favor.

«Dios guarde la importante vida de V. M. los muchos años que le desea, postrado á L. R. P. de V. M., su mas amante y rendido hijo.—Fernando.—Pedro Ceballos.—Bayona 6 de mayo de 1808.»

Esta carta infunde graves sospechas de haber sido inventada por Ceballos, quien deseoso de hacer representar á Fernando un papel mas airoso del que realmente ejecutó, la estendió en otros términos de los en que realmente fué puesta, los cuales al parecer fueron estos:—«Mi venerado padre y señor: para dar á V. M. una prueba de mi amor, de mi obediencia y de mi sumision, y para acceder á los deseos que V. M. me ha manifestado reiteradas veces, renuncio mi corona en favor de V. M., deseando que pueda gozarla por muchos años. Recomendando á V. M. las personas que me han servido desde el 19 de marzo: confio en las seguridades que V. M. me ha dado sobre este, particular: Dios guarde á V. M. muchos años.—Bayona 6 de mayo de 1808.—Señor, á L. R. P. de V. M. su mas humilde hijo, Fernando.»

La diferencia que existe en el espíritu de ambas comunicaciones es patente: Fernando en la primera manifiesta de un modo esplicito ceder esclusivamente á la violencia, mientras en la segunda verifica su abdicacion sin indicar la misma causa. Ceballos creyó sin duda que su héroe estaba muy lejos de ostentarse tal ateniéndose á la cesion del modo segundo, y de aqui la nueva redaccion que creemos se inventó despues (a), no menos que las espresiones pronunciadas segun él por Napoleon, asegurando haber dicho este á Fernando que no le quedaba mas medio sino la cesion ó la muerte. «Era demasiado poderoso el monarca francés (dice el autor de la historia de la vida y reinado de Fernando VII de España) para degradarse con inútiles amenazas, cuando las habia con un hombre débil y que se plegaba á todas las humillaciones.... Cuantos personajes presenciaron aquellas escenas han desmentido al ministro de Fernando, que con el fin de adularle, inventó semejante impostura.» Nosotros estamos de acuerdo en pensar del mismo modo por lo que toca á la amenaza contenida en la terrible alternativa indicada; mas no por eso es menos cierto que para obligar á ceder á Fernando se recurrió á aterrarle poniéndole delante de los ojos el peso de la indignacion paternal y el mas terrible todavía de la ira del emperador, como bastaria á probarlo, cuando otros fundamentos no hubiese, la sola circunstancia de haber intervenido Napoleon en todas las entrevistas.

(a) En el oficio dirigido por Fernando á la Junta de Madrid con fecha del mismo dia participándole su renuncia, figura copiada la carta en cuestion con arreglo al segundo de los dos textos insertos arriba. Toreno da lugar en su obra á las dos redacciones, sin hacer observacion ninguna sobre esa duplicidad.

(1) Don Manuel Godoy, en el último tomo de sus Memorias, rechaza toda connivencia en la cesion hecha por Carlos IV á favor de Napoleon; y no siendo posible negarle su firma puesta al pie del tratado, atribuye aquel acto á la precision de intervenir en él en que le puso su augusto amigo, como si eso bastara á justificarle. Como todos los argumentos del príncipe de la Paz por lo que toca al punto que nos ocupa, consisten en vagas declamaciones, creemos tarea escusada la de refutarle en todas y en cada una de ellas, limitándonos á trasladar como muestra de su defensa y de la de Carlos IV lo que dice relacion á la entrevista del 5 de mayo y á la renuncia que fue su consecuencia, esperando que el lector nos permita acompañar el relato con una porcion de observaciones. Dice así Don Manuel Godoy.

«Voy á contar aquel dia 5, el mas violento y mas amargo de cuantos he pasado en esta vida. Yo estaba con los reyes, y era ya media tarde cuando vimos venir al emperador á caballo, despacio, con muy poca comitiva, al parecer, de muy mal cejo su semblante. Justamente á aquella hora estaba el rey hablando de la inquietud que le causaba el no haber recibido todavía contestacion alguna de su hijo (a), y se temió que esta visita seria algun nuevo enredo que el emperador vendria á contarle (b). Yo quise retirarme; pero no hubo tiempo.

(a) Don Manuel Godoy alude aquí al no recibo de la carta del 4, que como hemos visto, supone inventada por Ceballos.

(b) Los lectores ven que Carlos IV tenia á Napoleon en el justo y merecido concepto de tramador de intrigas ó enredos, como se dice aquí. Conociéndolo, pues, y debiendo estar prevenido el anciano monarca, ¿cómo dice despues el príncipe de la Paz que la renuncia fue debida á un golpe de sorpresa?

en la de la ignominia y debilidad por la de la regia familia. Fernando habia renunciado como rey, mas no por eso dejaba de conservar todavia derechos al trono

«Napoleon entró de un modo brusco, la palidez y el fuego de la ira marcados en su rostro y en sus ojos. «Ya yo lo habia previsto, entró diciendo, yo lo aguardaba está: la Inglaterra triunfa de nosotros, la anarquía ha levantado su cabeza ya en España, se ha degollado á mis soldados alevosamente, la sangre de franceses y españoles, tan largo tiempo amigos y aliados, ha corrido por las calles de Madrid.... por mis condescendencias.... por ensayar medios pacíficos en donde no cabian sino rigores.... Todo este grande encendimiento se ha votado desde aquí, desde Bayona.... Tengo las cartas y las pruebas en la mano.... ¡Infeliz padre! ¡infeliz reino!....» y otras exclamaciones semejantes de que su boca era un torrente. En seguida dió á leer á Carlos IV el pliego de Murat que estaba concebido en términos atroces, su proclama, y la sangrienta orden del día del terrible 2 de mayo. Mucha parte de estas cosas leyó el mismo emperador, y cual si todo esto no bastase para aterrar su victima (a), hizo acercarse al oficial que habia traído aquellos partes, y le mandó que hablara y que contase como testigo presencial los horrores que habia visto. Cuando este hubo acabado y se acabaron los comentarios que hacia Napoleon á cada instante, preguntó éste á Carlos IV si su hijo no habia escrito, ó si mas bien no habia venido á devolverle la corona. Carlos IV respondió, que aun tenia una pena mas como una añadidura á la afliccion mortal que le causaban las espantosas nuevas recibidas, y que esta pena era el silencio de su hijo. Napoleon rompió de nuevo todas las compuertas de su ira, y dijo á Carlos IV: «Es necesario hoy mismo poner fin á tantos crímenes.... Haced llamar á vuestro hijo (b). ¡No mas treguas! ¡No mas treguas!»

«El rey mandó llamarle. Yo aproveché esta coyuntura para retirarme, y no me hallé presente á las escenas lamentables que siguieron, ni fui llamado á ellas (c). Mi cuarto, en el segundo piso, daba casi encima del fatal salon, en donde, sin pensarlo nadie (d) iba á jugarse en una sola suerte la corona de España. Allí gemí oprimido de una mortal congoja sin poder ver claro; pero ofreciéndose á mi espíritu en confuso todos los azares (e) que podria traer la competencia de hijo y padre, y las temeridades á que podria dejarse ir Napoleon andando los sucesos cual empezaban ya á mostrarse, y el partido que aquel hombre podria sacar mas adelante de un principe y un rey que no se hallaban azeados á contiendas y vaivenes de esta clase (f). Yo no llegué á pensar, ni era posible adivinarlo, el repentino y asombroso desenlace con que todo fue acabado aquella tarde; todos los grandes males que presentia mi corazón los veia como cercanos, mas no como presentes.... (g). ¡Ah! ¡Tan presentes como estaban!.... ¡Tan inmediato el hundimiento del terreno sobre el cual habia montado Bonaparte aquel teatro (h).

«Dos horas, por mi cuenta, para mí dos siglos, eran ya pasadas, cuando vinieron á llamarme (i). Napoleon habia partido. El rey estaba inmóvil sin hablar ni una palabra, su rostro hecho una brasa, y sus hermosos ojos sanguinolentos y empañados. La reina sollozaba amargamente á otro lado, y con

(a) ¿Victima de qué? ¿Del terror desplegado por Napoleon en aquella entrevista? El que habia declarado tres dias antes que *solo este podia salvar la España*, no necesitaba ser aterrado en la tarde del 3 para ceder á su huésped una corona que esas espresiones y todo el contesto de la carta que en otro lugar hemos examinado, suponen puesta en trato independientemente del espanto producido en su alma por la noticia de la sangre derramada en Madrid cuando la jornada del 2. Carlos IV hubiera abdicado en Bonaparte aun sin ese suceso, lo cual no quita que la noticia contribuyera á precipitar el desenlace de aquella trama. Nada sabia Carlos IV del acontecimiento del 2 de mayo el día 4, y ya entonces habia nombrado á Murat lugarteniente suyo y presidente de la junta de Madrid. Ese nombramiento por el cual se pretendia convertir en autoridad legitima al primer emisario del usurpador, supone una abdicacion consentida y aceptada; un *maridage rato*, si nos es licito espresarnos así entre el resentimiento y la usurpacion, faltando solamente para darle el caracter de *consumado*, estender la cesion por escrito.

(b) A este sí que era necesario *aterrar*, no á su padre. Conspirador y delincuente como le reconocemos, el único que ponía algun obstáculo á los planes de Napoleon era Fernando en su resistencia á abdicar sin condiciones. Y como esa resistencia no podia menos de caer desmoronada con la noticia del 2 de mayo, cuyo alzamiento se atribuía al malhadado principe, no hay duda que la tal noticia sirvió maravillosamente á Napoleon para cortar de una vez el nudo gordiano de aquella intriga.

(c) Pero se le llamó despues para ajustar el tratado de renuncia.

(d) ¡Sin pensarlo nadie! ¿Pues qué podia esperarse de la llamada de Fernando sino lo mismo que vino á resultar?

(e) Y como uno de esos azares podia ser *jugarse en una sola suerte la corona de España*, y como el principe de la Paz los via todos en su mente, aunque de una manera confusa, no sabemos á qué viene decir dos líneas antes que la tal jugada se verificó *sin pensarlo nadie*.

(f) ¿Y quién llevo esa contienda á la decision de Bonaparte, quién puso la querrela en sus manos, sino los mismos que no tenían valor para resistir al vaivén?

(g) *Tanto monta*, podriamos contestar; pero el caso es que desde el momento en que Napoleon acababa de decir, *es necesario hoy mismo poner fin á tantos crímenes*, podia preverse que no era su ánimo dejar la solución del negocio para otro día. ¡No mas treguas! ¡no mas treguas! dice arriba el principe de la Paz que decia Napoleon.

(h) Bonaparte no tuvo que montar teatro ninguno; el padre y el hijo se lo dieron hecho. Visto despues el modo con que representaban su papel los principales actores, se encargó de la direccion de la escena, y por cierto que desempeñó su mision de un modo bien inicu. La tragedia entonces no podia menos de caminar aceleradamente á su fin, acabando la discordia de la regia familia con la mas espantosa catástrofe.

(i) Aquí se pasan por alto los pormenores de la entrevista, lo cual no deja de ser vacío de alguna consideracion.

en calidad de príncipe de Asturias. Fernando al decir de Ceballos, resistió la nueva cesión, hasta que puesto en la dura alternativa de hacerla ó de perder la vida,

la voz entrecortada prorumpió diciendo: «El rey ha renunciado la corona en Bonaparte!...» Yo me sentí sobrecogido de un espanto indefinible; yo iba á preguntar al rey si era posible tan estraña novedad inesperada; pero su magestad fuera de sí me interrumpió exclamando: «No, yo no le he dado nada.... yo no era ya mas rey.... mi corona!.... mi corona!.... en Aranjuez me la quitaron! yo no le he dado nada mio (a). Yo soy un rey proscrito: esa revolucion que habeis oido, ha sido en contra mia.... tal vez tambien en contra de la Francia, por la única razon de haberse oido que el emperador trataba de reconponerme en mis derechos (b).... Las tropas de la Francia!.... ellos las deseaban, ellos salian á recibirlas, ellos las festejaban cuando creyeron que venian á coronar mi hijo (c); si ahora se han vuelto contra ellas, es porque se han mostrado favorables á su padre (d).... ¡Quién me ha llamado desde España! ¡Quién me ha escrito! Vosotros lo habeis visto, que ni una sola carta hemos tenido de entre tantos hombres que me debian su suerte, su elevacion, su gloria, y mucho mas que todas estas cosas, mi amistad, mi afecto. ¡Al tirano mas bajo de la tierra no se le habria tratado de esta suerte (e). Hubo un Nerón en Roma, y sin embargo tenia amigos, y de no pocos fue llorado.... Yo no he sido un tirano; yo he sido el padre de mis pueblos veinte años.... ¿Prefieren á mi hijo? Ténganle enhorabuena (f): no quiera Dios que por castigo (g)!.... Yo no me he opuesto, y al contrario, he intercedido en favor suyo muchas veces (h). No tiene mas contrario para ir á coronarse que aquel mismo de quien habia esperado la corona (i), y á quien sirvió tan grandemente cerrándome los pasos que yo daba para salvar mis reinos y á él salvarlo juntamente; de mi no tiene que quejarse (j)....»

—«Pero, señor, le dije, ¿es que el emperador ha retractado su palabra, que ha repetido tantas veces, de reponer á vuestras magestades en su trono?»

—«No, no ha retrocedido, dijo el rey, me ha renovado sus instancias y promesas; pero quiere hacerme entrar á fuego y sangre en mis estados. Tú me conoces bien.... ¡jamás!.... jamás la sangre por mi causa! (k) ¡jamás ser un verdugo de mis súbditos! ¡jamás reinar por el auxilio de tropas extranjeras (l)!.... Tú me lo oias cuando mi hermano consintió en volver á Nápoles despues de tantas muertes, tantos horrores y suplicios con que le rescataron su corona los ingleses y los turcos y los rusos. Mil veces te lo dije, que no habria yo tenido cara para mostrarme sobre el trono deslustrado con la sangre de mis pueblos. Yo no he cambiado de opinion; yo soy el mismo.... mis manos estan limpias, y al tribunal divino quiero llevarlas de esta suerte. Dios es quien da y quien quita las coronas (m).... yo no he mancillado (n) la que me habia dado.... la que yo guardaba sin faltarle ni un quilate.»

—«Pero un indulto general....» repliqué á su magestad, que me respondió al instante con dolor: «No es tiempo ya de indultos; el incendio ha prendido largamente, é irá ganando las provincias; si es verdad lo que esta tarde hemos oido, están ganadas (o). Si yo bastára solo, y si mi hijo se me hubiera unido abandonando sus insensatas pretensiones, quizás habria remedio; pero llevado yo á mi asiento por manos de extranjeros, me escupirian los españoles, y yo no quiero me-

(a) Ni suyo, ni de su hijo, ni de nadie, sino del país á que uno y otro pertenecian: cedía la *corona de España*. ¿Es excusa en Carlos IV decir, *no he dado nada mio*?

(b) En efecto: una de las razones que tuvo el pueblo de Madrid para alzarse, esa fue, pero no la única, ni por lo que el acto tenia de personal respecto á Carlos IV, sino por el temor de sus consecuencias, como diremos luego.

(c) Y á derribar al privado, y á hacer la felicidad de España poniendo término á los abusos del poder con la amistosa y desinteresada intervencion de Bonaparte. Tal fue la creencia general del pueblo español, creencia fatal y errada cuanto se quiera, pero hija de la buena fé de esta nacion magnánima, incapaz de sospechar la perfidia que habia de poner término á tan lisonjeras ilusiones.

(d) Favorables al valido, cuya vuelta al poder se temia volviendo á reinar Carlos IV. El cambio de la opinion pública en España respecto á los franceses dependió principalmente de ese temor y del intimo convencimiento en que últimamente vinieron todos á estar de que las miras de Napoleon se dirijian esencialmente á acabar con nuestra independencia y con la familia entera de nuestros reyes.

(e) Nosotros deploramos sinceramente la desgracia del anciano monarca, abandonado de un mal hijo, de tantos ingratos como le debian favores, mercedes y honras; mas no por eso escusamos su resolusion de vengar los ultrages recibidos á costa de la ruina de la patria.

(f) Sí; despues de cedida la corona á Bonaparte.

(g) Y por castigo le tuvimos; forzoso es reconocerlo.

(h) ¿Cuándo?

(i) La ironía es amarga sin duda, pero es preciso convenir en que todo lo merecía Fernando.

(j) Fernando no; la nacion sí.

(k) ¿Y era el modo de evitar la efusion de sangre renunciar en Napoleon la corona que los pueblos van con tan delirante placer colocada en las sienes de Fernando?

(l) Sentimiento patriótico es ese que honra notablemente á Carlos IV. Lástima que al echarse en los brazos de Napoleon no le ocurriese la idea de la triste y angustiosa alternativa en que por último habia de venir á parar: ó ceder el trono á Napoleon, ó ser rey por su gracia y con el auxilio de sus tropas, únicas capaces de combatir el entusiasmo popular que reinaba en favor del hijo.

(m) ¿Por qué no hizo Carlos IV esa cristiana reflexion cuando se vió derribado del trono? ¿Por qué acudió á Bonaparte, en vez de resignarse á su suerte como la piedad y la patria exijian?

(n) Pero otros habian tomado á su cargo mancillarla por él.

(o) Ganadas sin duda por los partidarios del hijo. Si tal era la opinion de Carlos IV; ¿cómo no temblaba á la consideracion de las espantosas y sangrientas escenas á que habia de dar lugar su nueva renuncia? ¿Era ese, repetimos, el modo de evitar la efusion de sangre?

no le fué posible continuar resistiendo. Esto no pasa de ser el dicho de un hombre interesado en justificar á su gefe para justificarse á sí propio. Nombrado el maris-

recerlo. Y á mas de esto (entre nosotros, hablando francamente) ¿quién me asegura á mí de que el emperador no enrede de tal modo los sucesos, que despues de haberme deshonrado yo á mí mismo acometiendo por su mano á mis vasallos y haber servido de pretexto á su ambicion, no dé fin á sus proezas por hacerse dueño de mis reinos y dejarme sepultado en la ignominia (a)? ¿No es mucho menos malo que el odio de sus actos recaiga sobre él solo, y que jamás pueda decirse que yo he sido su instrumento (b)? ¿Habrà nadie, ni en la Europa ni en el mundo, que pueda persuadirse de que yo me haya encontrado en libertad, ó de que haya sido yo tan necio que le haya regalado la corona por sus bellos ojos (c)? ¿No vale mas hacerle una renuncia aquí en Bayona, donde á la luz de todo el mundo será nula (d), que verme acaso precisado á hacérsela en España, si con tantos medios como tiene para todo, se procurase allí un partido en favor suyo? Y aun sin esto, ¿no sería posible, que, como ha hecho en otras partes, provocase una reaccion por bajo mano en contra suya, y suponiéndome implicado en ella, me atacase en regla y me robase la corona como á mi hermano el rey de Nápoles (e), teniendo en este caso un título especioso con que cubrir su usurpacion ante los gabinetes estrangeros? ¿Puede caberme duda ya al presente de que su venida y su manejo en esta dura situacion en que nos vemos no tenga mas objeto que arrebatár el cetro de la España (f)? ¿No es una cosa vista que su intencion es acabar con los Borbones (g)? Y cuando tú me persuadies la retirada para ponernos en seguro y defendernos, ¿no eras tú mismo quien me hacia sentir este argumento (h)?»

—«Vuestra magestad, señor, le respondí, tiene razon sobrada en cuanto dice; pero le ruego me permita preguntarle, si fue suya la iniciativa (i) de renuncia, ó si el emperador.....»

«Su magestad se alteró mucho, no me dejó seguir, y me increpó diciendo: «Tú me ofendes!..... ¡la iniciativa mia!..... ¿y tú podrias pensar que fuese yo capaz de una flaqueza semejante (j)? El es, él es el que ha lanzado la palabra de renuncia sin el menor rebozo.» «Si V. M. no quiere ir (k), me ha dicho con dureza, ni que yo cumpla mi deber de colocarle nuevamente sobre el trono, yo me haré dueño de la España (l): no puedo permitir que reine en ella ni el príncipe de Asturias, ni su hermano, ni su tío, todos tres conspiradores, é incapaces á mas de esto de regir la monarquia en las presentes circunstancias; vuestro otro hijo, por desgracia, no tiene edad para reinar, y no es posible una regencia en el estado en que se vé á la España. ¡La espada!..... no hay mas ley ni mas autoridad para impedir que la Inglaterra infeste la Peninsula (m). Si V. M. no quiere ó no se atreve á tomar parte en este empeño, yo le daré un asilo en mis estados (n), y V. M. me hará renuncia de los suyos. Cuanto yo hiciese en nombre suyo estando ausente de sus reinos sería muy mal interpretado; dirian que V. M. no obraba libremente, y haríamos uno y otro una figura muy equívoca (o). No hay otro modo de hacer frente á los negocios de la España; ó yo solo por mi cuenta, ó V. M. conmigo.» Despues me habló de mil funestas contingencias, de gobiernos militares, de particiones de provincias, y de una turba de desastres que podrian originarse si la anarquia llegaba á tomar cuerpo

(a) La reflexion no puede ser mas justa, siendo su único inconveniente hacerla tan tarde, y cuando ya no habia remedio.

(b) Si Carlos fue tan insensato como deberia inferirse de ese modo de discurrir, el príncipe de la Paz ha hecho mal en deslucir su apologia, conservando esa espresion en las Memorias. ¿Puede en efecto llevarse la estupidez hasta el estremo de creer Carlos IV que renunciando la corona en Napoleon hacia lo bastante para que no se le creyese instrumento suyo?

(c) Por sus bellos ojos, no; pero en pago de los beneficios recibidos, y por efecto de una mal entendida venganza, sí.

(d) Y la renuncia que el padre exija al hijo, ¿no debia considerarse nula igualmente por la misma consideracion? Y aquella especie de congreso que tanto agradaba á Carlos IV para poner término á la querrela, ¿no habia de merecer en último resultado la misma calificacion de nula, atendidas las propias razones? ¿Cómo, pues, no hizo alto en nada de eso, por lo que á su hijo y á la nacion tocaba, quien así discurría ahora en lo que decia relacion personal á él? Confesamos ingenuamente que no entendemos la estraña lógica con que el príncipe de la Paz hace tan contradictoriamente discurrir al rey su amigo.

(e) Otra reflexion justísima que Carlos IV debió hacer antes de decidirse á poner su querrela en manos de Napoleon.

(f) Lo mismo decimos.

(g) Otra reflexion de la misma especie, y es ya la cuarta ó la quinta.

(h) Argumento que perdió su fuerza bien pronto, como los lectores han visto.

(i) Pregunta á tiempo. La contestacion será un no, y con eso tenemos justificado á Carlos IV. ¿Es la cuestion, por ventura, si dió la corona á Napoleon porque este la pidiese, ó si se la cedió sin pedirla?

(j) Segun eso, no era flaqueza otorgar, porque no siendo suya la iniciativa..... ¿Es posible que D. Manuel Godoy haya estampado estas palabras, sin advertir el ridiculo que hacen caer sobre Carlos IV?

(k)ni quiere tampoco que reine su hijo.... se le olvidó añadir á Napoleon, ó por mejor decir, al príncipe de la Paz.

(l) Consecuencia natural, como todo lo demas que sigue.

(m) Y para impedir la efusion de sangre. ¿Qué medio mas á propósito?

(n) «Donde podrá V. M. vivir retirado y tranquilo en compania del príncipe de la Paz y de la reina Maria Luisa. ¿Qué mas puedo hacer yo que acceder al único anhelo tantas veces espresado por V. M. y por su augusta consorte?»

(o) Y tan equívoca como la hicieron. La lógica de Napoleon en materia de libertad de obrar corria parejas con la de Carlos IV en otra multitud de puntos, si hemos de atenernos á lo que aquí se dice.

cal Duroc por parte de Napoleon para proceder al nuevo tratado, Fernando nombró por la suya al arcediano de Alcaraz, al hombre que habiendo empezado su

como habia empezado. En medio de esta angustia, le pregunté qué garantías podria ofrecerme si yo le hiciese la renuncia (a). Me respondió que aquellas cuatro cosas que podrian interesar mi corazón mas vivamente: la independencia de mis reinos bajo un rey de su familia (b) que á la nacion le fuese grato (c), sin que jamás la España pudiese confundirse con la Francia; la integridad de sus dominios de acá y de allende de los mares; la conservacion de nuestra santa Fé Católica sin mezcla de otra alguna; y una amnistía completa (d). Yo he admitido esta propuesta. Pierda yo todas las cosas de este mundo con tal que España se mantenga entera, indivisible y poderosa cual yo la he recibido de mis padres (e), cual yo la he mantenido hasta el presente, cual yo la hubiera defendido hasta el postrer suspiro sin esa mala raza de traidores que pervirtieron á mi hijo (f). Sin soldados, sin vasallos, sin amigos, y prisionero cual me encuentro (g), por lo menos moralmente, entre las manos de este hombre, aun he hecho cuanto puedo en mi desgracia por los que no me quieren.....»

«Las lágrimas corrian por sus mejillas cuando decia estas cosas; su voz salia ya ahogada, y yo temia que se insultase. Venciendo, sin embargo, mi temor, y en medio de la angustia que oprimia mi espíritu, dije á sus magestades: «Pero despues de todo, una conversacion no es un tratado, y aun puede haber remedio: yo estoy pronto á dar la cara (h), y á disputar hasta la muerte los derechos de vuestras magestades.»

«El rey me respondió: «yo he dado mi palabra (i), y el emperador no es hombre que se deshaga de su presa.»

«La reina que se habia abrazado con su real esposo sosteniéndole, vuelta hácia mí, me dijo: «Eso es verdad.... ¡qué compromiso! ¡qué horrible desenlace! ¡qué dirán de nosotros en España (j)!»

«Y Carlos IV, revolviéndose con fuerza: «Dirán, dirán que yo no he sido quien rompí los lazos que me ligaban con mis pueblos.... Dirán que ellos han sido los que los han disuelto lanzándome del trono y no volviendo nadie por mi causa.... Yo no he venido aquí por mi eleccion.... yo quise sostenerlos y ellos me lo impidieron.... esto dirán los hombres cuerdos cuando sean contadas las traiciones que me han puesto en este estremo (k). Sobre todo, Dios está en los cielos, y él me hará justicia si los hombres me la niegan.»

«El rey estaba ardiendo en calentura y le llevó la reina á que tomase algun reposo. Fuera de mí y el alma traspasada de dolor, me eché á pensar si podria hallarse algun camino para enmendar un mal tan grande, tan inmenso, y sacar salvo el trono de la España, de que aquel prestigiador, sin ningun temor de Dios ni de los hombres, habia probado á hacerse dueño por un golpe de sorpresa, por un golpe calculado sobre la desgracia, sobre el abatimiento, sobre el desamparo, y mas que todo, sobre la lenidad y la índole pacífica de un rey, á quien á título de amigo, ahogaba entre sus brazos (l). Mientras su magestad se hallaba reposando, hacia yo mil preguntas á la reina, la cual ni mas ni menos referia lo que Carlos IV habia ya dicho. «No es mas pronto, añadia la atribulada reina, no es mas pronto el lazo escurridizo ó el juego de una trampa con que asegura el cazador su presa, que el artificio de este hombre sobre mi pobre Carlos (m). Yo quise hablar; mas no dió tiempo, amontonando frases y palabras, hablándoselo todo, y prometiéndonos tal género de dicha que á él mismo, nos decia, le seria envidiable (n). Sus últimas palabras sobre todo me desma-

(a) Aquí viene bien recordar las últimas palabras de Carlos IV en su carta del 2: «*y cuando, en fin, esté seguro que la religion de España, la integridad de sus provincias, y sus privilegios serán conservados*» ¿Porqué revelaria Carlos su pensamiento tres dias antes de lo necesario?

(b) ¡Bella independencia por Dios!

(c) A la nacion representada por una especie de congreso, el cual se reuniria en Bayona, como le parecia bien á Carlos IV, sin ocurrírsele el menor escrúpulo relativamente al valor que podrian tener sus resoluciones en un pais extranjero, donde á la luz de todo el mundo serian nulas, ni mas ni menos que la renuncia á que Carlos se refiere arriba.

(d) Esa amnistía que tanto se cacarea aquí, se le pasó por alto al príncipe de la Paz cuando ajustó el tratado.

(e) ¡Cual yo la he recibido de mis padres! El sarcasmo no puede ser mas cruel, y el componedor de este discurso hubiera hecho muy bien en omitirlo.

(f) Raza que no hubiera existido á tener Carlos ojos para ver su debilidad y.... otras cosas.

(g) «Prisionero porque yo lo he querido ser. La patria me mandaba sufrir, y no tuve ó no se me quiso consentir que tuviese aguante.»

(h) Y la dió en efecto; pero luego veremos cuánto mejor hubiera hecho en esconderla.

(i) Y es punto de honor el cumplirla, aunque haberia dado deshonre.

(j) Si María Luisa alzase la cabeza de la tumba, volveria á hundirla otra vez por no oír lo que de ella se dice ahora.

(k) Los hombres cuerdos maldecirán la memoria de un hijo que á tan deplorable estremo llevó á su padre; mas no por eso quedará este justificado de haber cedido á la tentacion en que se le puso.

(l) Todo lo que aquí se dice de Napoleon es justo, menos lo relativo al golpe de sorpresa. Y no porque no hubiese tal golpe, pero el que lo recibió no fue Carlos IV, sino Fernando VII. ¿Qué sorpresa puede en efecto ser comparada á la de este, cuando no habiendo pasado 24 horas despues de los juramentos hechos por Savary relativamente á su reconocimiento, vino ese mismo Savary á anunciarle de parte del emperador que debia renunciar la corona? Grande Napoleon como era, ¿qué pequeño y raquitico fue en todo lo que concierne á este asunto!

(m) El adjetivo pobre podia haberse omitido aquí, como tantas otras cosas: esa palabra en los labios de María Luisa parece tener pretensiones de epigrama.

(n) Si no era la de vivir los dos al lado de su amigo, no concebimos qué género de dicha pudiera ser ese.

carrera política adulando al príncipe de la Paz, le volvió las espaldas al poco tiempo para adular al príncipe de Asturias; al que oponiendo su privanza con este á la de

yan, porque suponen en su ánimo un hecho concluido y aceptado. La felicidad no existe ni existirá jamás, dijo ese engañador, bajo el dosel del trono: yo renunciaré tambien un día cuando sea tiempo; yo siento alguna cosa dentro de mí mismo como Diocleciano y como Carlos V.»

—«Mas á pesar de todo, dije yo á la reina, si el rey cobrara mas aliento y consintiera en proponer, en reclamar, ó en exigir una entrevista nueva con el emperador para tratar en plena calma (a) una cuestion tan grave como la presente, cuestion que de una y otra parte se ha tratado bajo las penosas y violentas impresiones recibidas esta tarde (b), y si S. M. se hiciese firme en pretender que la resolucion definitiva que hubiera de tomarse se sujetase á conferencias en reglas diplomáticas, hecha abstraccion, cual debe hacerse, de la resolucion intempestiva que su afliccion le ha hecho adoptar sin tomar tiempo para obrar con pleno acuerdo de su ánimo, yo no puedo imaginar, que, de bueno ó mal grado, deje el emperador de conformarse y de ceder á esta exigencia que S. M. se encuentra en todo su derecho de imponerle (c). ¿Qué podria hacer Napoleon en contra de esto sin exponerse á la censura de la Europa y á la alerta de sus otros aliados? ¿En dónde está el empeño ni mucho menos el contrato que podria fundarse sobre lo que esta tarde ha sido hablado sin testigos entre el emperador y VV. MM. asombrados? Yo, por último servicio, echando el pecho al agua como ya le he echado tantas veces, estoy pronto á dar la cara (d); y venga luego cuanto Dios quisiere sobre mis espaldas, peor no podrá ser de lo que ha sido (e): me quedará á lo menos el consuelo de haber hecho en esta misma extremidad y en esta nada en que me hallo, cuanto ha podido ser posible para salvar mis reyes y mi patria, aun despues de estar proscrito porque quise hace dos meses libertarlos (f).»

—«Dios oiga tus deseos y nos ayude, me respondió la reina. Difícil como es volver camino atras con Bonaparte, yo encuentro aun mas difícil persuadir á Carlos á entrar haciendo guerra á sus vasallos, ni yo tampoco soy capaz de aconsejárselo. ¿Crees tú que sea posible recobrar nuestra corona sin que haya sangre derramada?»

—«Y tan posible cual lo hallo (g), respondí al instante. Napoleon ha hecho su juego ponderando ese peligro y sorprendiendo á vuestras magestades; yo no comprendo tal peligro: una amnistia, no mas, un acto generoso de olvido y de clemencia que en vuestras magestades es innata, bastaria al presente para calmarlo todo y para que saliesen á su encuentro sus vasallos con los brazos desplegados. El movimiento de Madrid por mas violento que haya sido, y por lo mismo de haber sido tan violento, deja ver bastante claro que es efecto de un sentimiento nacional de independencia y patriotismo, cuando han caido de su error los que creyeron que el emperador venia sin otro fin que el de cesar y coronar al príncipe mejorando al propio tiempo nuestras leyes (h); mas al presente que ven claro, el interes comun no puede ser ya otro que la defensa de la patria y la conservacion de la corona de sus reyes (i). Una amnistia es bastante para enmendarlo todo; es necesario conocer el leal caracter de los españoles: pocos serán hoy día, si aun hay algunos, que no hayan conocido quién pretendia salvar el reino, y quién le ha puesto alcanto de su ruina (j).»

«La reina comenzaba á respirar, y se mostró resuelta á aprovechar la primer hora en que encontrase al rey mas despejado para inspirarle mis consejos y para hacerme entrar á sostenerlos. Hablando de esto sin cesar, y ensayando la reina su papel y la mejor manera con que podria animar y levantar el corazon de Carlos IV (k), hé alli que vienen á anunciar al mariscal Duroc que pide hablar al rey so-

(a) *Calma*: eso es lo que faltó á Carlos IV en todo el discurso de su querella.

(b) Ni mas ni menos que en los días anteriores se habia tratado bajo la única y esclusiva impresion de la ira y del resentimiento.

(c) Carlos IV habia elegido al emperador por árbitro de su querella, y lo mismo Fernando VII, habiéndose abatido uno y otro á sus pies de la manera mas degradante. «Carlos IV, decia Napoleon en Santa Helena, me pedia venganza contra su hijo, y el príncipe solicitaba mi proteccion contra su padre, pidiéndome ademas una mujer.» Reducida la cuestion á estos sencillos términos, ¿qué exigencias habian de tener derecho de imponer el uno ni el otro?

(d) Y la dió, repetimos; pero luego veremos el cómo.

(e) A tal extremo habia llegado lo que el príncipe de la Paz, segun dice aqui, se lisonjeaba de poder remediar.

(f) Nuestros lectores saben que el motivo de la proscricion de Godoy no fué este solo, ó mas bien, que no fue ese el verdadero motivo: el viaje á Andalucia dió lugar al temor de la traslacion á América (temor fundado, diga lo que quiera D. Manuel Godoy, atendido el ejemplo que acababa de dar el príncipe regente de Portugal), y ese temor fue la causa ocasional del tumulto y de la caida del privado, siendo bien anteriores á este acontecimiento los motivos del odio que se le tenia.

(g) ¿Posible sin derramar sangre? Bien pudo el príncipe de la Paz conocer que no. El entusiasmo de los pueblos por Fernando VII, no era de aquellos, en el extremo á que habian llegado las cosas, que pudiera convertirse en humo con facilidad, por mas amnistias que se inventasen ni por mas proclamas que se diesen.

(h) Hé aqui confesado por el príncipe de la Paz lo que nosotros hemos dicho antes, y hé aqui tambien la razon de no ser posible la vuelta de Carlos IV al poder sin recurrir á la espada para domar á un pueblo, cuya decision por la causa nacional estaba desgraciadamente tan íntimamente ligada con su entusiasmo por el hijo.

(i) Defensa y conservacion que el pueblo, con razon ó sin ella, personificaba en la defensa y en la conservacion de Fernando. No olvidemos esto jamás, porque es la clave para explicar una porcion de fenómenos que sin ella serian ininteligibles.

(j) Si Godoy quiere decir con esto que el pueblo en aquellos momentos estaba convencido de la injusticia de su odio hacia él, ó de lo irracional de su desapego á la causa personal de los reyes padres, estaba muy equivocado.

(k) Tan abatido estaba, y tanto se habia ella esmerado en ser eco fiel de ese abatimiento. (Vease su correspondencia con Murat). ¿Cuánto no hubiera ganado Carlos IV en estar lejos de su esposa cuando su caida del trono! Tal vez no hubiera dado él por sí solo el funesto paso que dió; tal vez se contentara con pedir á Murat la libertad de su Manuel; tal vez no hubiera habido protesta.